

la crisis en la prensa mundial

UN periódico ha desaparecido en Francia, «Paris Jour». Tenía una difusión aceptable, que se había duplicado desde su fundación —hace diez años— y que continuaba en una expansión segura. Sin embargo, era deficitario. «Paris Jour» era un periódico con vocación exclusivamente comercial, sin concesiones culturales, formativas o de opinión. Su fundador, Gino del Duca, me explicó un día en su barroco despacho —una secretaria «pin up» alternaba la taquigrafía de la conversación y la busca de «dossiers» con el obsequio de bombones al patrón y al visitante— su aventura: huyó, casi niño, del fascismo italiano, y en París quiso alistarse en las Brigadas Internacionales para venir a España, pero no fue admitido por su corta edad. Fue una gran decepción para él. La compensó pronto: «Como la izquierda me rechazó, me puse al servicio de la derecha». Se dedicó a la «presse du coeur» —fotonovelas rosa, revistas sentimentales— aplicando la fórmula y los materiales italianos, que los editores franceses consideraban subdesarrollados para su país, y ganó sus primeros millones. Fundó una casa de ediciones —con tendencia a la parpornografía—, una librería, una productora de cine con enorme éxito («El salario del miedo»), una excelente cuadra de caballos de carreras, fundó «Paris Jour» y murió. Su viuda continuaba las empresas y ha sido ella la que ha tomado la decisión de suspender la publicación del diario en medio de una huelga consecutiva al licenciamiento de personal con el que había intentado sanear las finanzas del periódico, huelga que era el preludio a otra general que debe haber comenzado este martes, 1 de febrero, y que afecta a toda la prensa

francesa, la radio y la televisión. El problema de «Paris Jour» aparece aquí ya como un problema general de la prensa francesa, y el de ésta se inscribe en el contexto europeo y americano de la gran crisis de la prensa escrita. Antes que «Paris Jour», otros grandes diarios y semanarios de fama mundial, con excelentes tiradas y buenas cifras de publicidad. Muchos subsisten con pérdidas, sostenidos unos por partidos políticos, otros por organizaciones estatales o paraestatales, muchos otros apoyados por las ganancias de publicaciones consumistas de la misma empresa o por grupos de negocios y capital ajenos a la prensa que los sostienen como apoyo y propaganda de sus intereses. Este es el índice de la gran crisis de la prensa escrita.

INEVITABLEMENTE, este fenómeno de aparición puramente económica está ligado a otros valores: hay una crisis de pensamiento, de expresión y de opinión, hay una crisis de participación política que es evidentemente mundial, como es mundial el fenómeno de la crisis de la prensa escrita. En las numerosas lamentaciones francesas que se emiten en esta ocasión de la huelga de periodistas aparecen continuamente las referencias a esos valores. El Presidente Pompidou ha dicho que este es un asunto que concierne a todos «porque es, en gran proporción, el problema de la libertad del espíritu». La Federación Internacional de Periodistas —65.000 miembros— se solidariza con los periodistas franceses en su lucha «por defender la seguridad material y moral de su empleo, conforme al papel primordial de indispensable en el funciona-



El problema de «Paris Jour» se inscribe en un problema general de la prensa francesa, y éste, dentro de la gran crisis internacional de la prensa escrita. El cartel «En huelga», en la fachada del matutino parisino «Le Figaro».

capitalistas a detentar la prensa, una prensa concentrada hasta el extremo: dos grandes diarios en París por la mañana, y otros dos por la tarde.

Lo más curioso de este debate es su carácter histórico: viene produciéndose desde hace siglos —diríamos que desde que Gutenberg inventó la imprenta, y erraríamos, porque los medios primitivos de difusión de informaciones y opiniones conocieron ya las mismas crisis— y es difícil que se aporten argumentos nuevos en cualquier sentido. Los Estados tienden a acaparar, ciertamente, estas fuentes de expresión, y la misma gradación de sus tutelas tiene un visible proceso cronológico: la prensa, más antigua, suele estar en manos privadas y su control es indirecto; las agencias de información y las emisoras de radio, más modernas, tienen un control más directo estatal o paraestatal y raras veces están en manos privadas en casi ningún país; la televisión, recién llegada, es monopolio estatal. Y sin duda los satélites de comunicaciones lo son aún en mayor medida. Cabe imaginar que si la prensa escrita se inventase hoy ningún Estado toleraría su posesión privada.

Esta es la esencia del debate: ¿Es más libre la prensa en manos del Estado o en manos del gran capital, que es el único que hoy la puede mantener en vista de las elevadas inversiones que necesita? Recuerdo haber presenciado una de las famosas cóleras de Krutchev un día que un periodista de los Estados Unidos le preguntó cuándo pensaba decretar la libertad de prensa en su país. Aquel periodista pertenecía a la prensa Hearst (Hearst fue el magnate megalómano dictador del periodismo, a quien Orson Welles retrató con sangre en «Ciudadano Kane») y Krutchev le preguntó si se sentía más libre siendo el esclavo de una empresa que había llegado a provocar guerras (concretamente, la de Cuba, entre Estados Unidos y España) sólo para poder informar de ellas con sensacionalismo, a trabajar en el servicio de un Estado que procuraba el bien común. En un sentido parecido se ha acusado hace algún tiempo a Axel Springer (el Hearst de la prensa alemana) de incitar a fugarse por el muro a berlineses del Este mientras les denunciaba a los guardias de la frontera y preparaba sus cámaras en el lugar preciso para poder ofrecer magníficas fotografías de la matanza, que además servían a sus finalidades políticas.

PERO, ¿es que la prensa no tiene más opción que el servicio ciego al Estado, sea éste cual sea, o el no menos ciego servicio a unos intereses de capital que no coinciden con los del bien común? Se ha intentado una respuesta profesional, sobre la base de la constitución de sociedades de redactores, considerando al periodista como sacralizado profesionalmente y capaz, por tanto —por vocación, por deontología, por formación—, de garantizar la verdad de las informaciones y la libertad de las opiniones que difunde, diferenciando claramente información de opinión. Aquí hay otro largo debate, que nos llevaría más lejos, sobre la posible o imposible pureza de la información, con la espantosa visión técnica de la entropía destruyendo la calidad del mensaje, con la declaración de que cualquier redacción que se dé a un hecho denota ya la personalidad y la tendencia de quien la redacta. Bizantinismos que, en cualquier caso, no son aplicables en la situación actual de la prensa en el mundo. Las sociedades de redactores se enfrentan con intereses tan poderosos como los del Estado constituido, los de los grupos políticos que aspiran a constituir su Estado, los capitales que forman las «élites», los grupos de presión, el «establishment»...

OTRA pretensión más modesta de libertad es la del simple pluralismo de los órganos de expresión, el contraste por el lector de informaciones y de opiniones. La libertad de prensa operaría así, podemos decir, al nivel mental mismo del lector: la libertad de prensa sería lo que quedase después de apartadas todas las impurezas, las propagandas, las deformaciones. Una mera impresión. Algunos psicólogos de la colectividad —como J. A. C. Brown en «Técnicas de la persuasión»— creen que esta selectividad opera ya en el ciudadano, y que éste no recoge de los medios —aun de los muy poderosos de tipo audiovisual— más que aquello que concuerda con sus preferencias, formadas ya por su situación social, su ambiente, su educación, su familia, su trabajo. Otros, como el alucinante McLuhan, vienen a decir lo mismo al señalar que el «medio» opera por sí mismo independientemente de su «contenido»...

LA idea del pluralismo es, por hoy, la más aceptada como indicio de libertad. Por ello —y también por defensa propia— los más ajenos medios de información de París pueden encontrar que la desaparición de un periódico tan insignificante desde el punto de vista informativo y de opinión —cuyo propósito de fundación he descrito deliberadamente al principio de estas líneas—, con tan poco peso específico como «Paris Jour», pueda considerarse como una pérdida grave. Lo explica el director de «Le Monde», Jacques Fauvet, en el inicio de un editorial que dedica al suceso, y que dice así:

«Cuando un diario desaparece, sea cual sea su género o su estilo, siempre muere un poco la libertad de expresión».

PARIS JOUR
 Il était venu du Froid, il y revient
L'ESPION PASSÉ A L'OUEST RETOURNE A MOSCOU
 MISS PARIS SERA PEUT-ÊTRE MISS FRANCE A LA SAINT-SYLVESTRE
LA BATAILLE DE LA LIBERTÉ
3 ENFANTS DANS LA FOURNAISE

Primera página de «Paris Jour», recientemente desaparecido. Aunque fuera un periódico de vocación exclusivamente comercial, sin concesiones culturales, formativas o de opinión, con él «muere un poco la libertad de expresión».

miento de un sistema democrático pluralista». Pero, ¿por qué pierden dinero los periódicos? ¿Por qué en países donde la industria y el comercio están en continua expansión, el de la prensa aparece en retracción?

EN el caso concreto de Francia, el Sindicato de la Prensa ha hecho un esquema general de la situación: los medios de información audiovisuales, con una información «fragmentaria y fugitiva», evitan el esfuerzo de la lectura, por una parte, mientras por otra opera sobre el mercado de la publicidad retirando de él grandes sumas que faltan en los presupuestos de los periódicos; los precios de venta están frenados desde 1968 y el Gobierno ha anunciado que tan pronto los periódicos suban sus precios, aumentará las tarifas postales para el transporte de periódicos y revistas. La distribución es muy cara —un cuarenta por ciento del precio de venta—, los impuestos estatales muy elevados, la información es cada vez más cara y, en su concurrencia con la televisión, la prensa se ha metido en una carrera de gastos —hucograbado, colores, suplementos— que no corresponden a su esencia ni a su realidad.

SOBRE estos detalles, la denuncia se hace expresa. Se culpa al Estado. «L'Aurore», desde la extrema derecha, dice simple y llanamente: «Es el Estado quien impide a la prensa vivir normalmente (...)». El país, bajo un régimen pretendido libre, debe conformarse con una información triturada según las exigencias, electorales o de otra clase, del poder; desde el otro extremo político, «L'Humanité» (comunista) plantea la denuncia con la misma crudeza: «El poder tiende a la reducción del número de diarios con la intención de alcanzar un verdadero monopolio de la información. Puesto que él mismo posee directamente la radio y la televisión, quiere ayudar a un número ínfimo de grandes